

Una noche para recordar

El aire frío se le entierra en la piel a Miriam, como si fueran pequeñas agujitas de hielo, erizándole los vellos de sus brazos. Sus ojos se llenan de lágrimas al sentir cómo el auto de su madre se aleja, calle arriba, a su espalda, dejándola sola frente al edificio en el que se dará El Baile.

Sí, con mayúsculas. El Baile, el baile de invierno del tercer año de la preparatoria. ¿Qué chica no quisiera estar en algo así? Tener un vestido bonito para verse como nunca nadie la había visto; tomarse fotos que se publicarían en sus perfiles a lo largo de la noche; bailar con amigos o con no tan amigos y sin muchos adultos observándolos, sólo los consejeros que tenían que estar obligadamente ahí para que “no pasara nada”. El simple hecho de que fue una propuesta sacada de un típico baile de una película gringa, algo por lo que Miriam ha estado suspirando desde que entró en la secundaria, siendo del Estado de México esa ilusión fue algo muy difícil de cumplir. Haber visto tantas series de televisión con supuestos adolescentes posiblemente le pudrió el cerebro, como tanto la criticaba

Escrito por Jules Zubieta

su madre, pero ahí estaba, a pesar de todo. Ahora sólo debe de avanzar y adentrarse al salón.

El tacón de los zapatos es bajo, pero, Miriam se tambalea sobre ellos porque son de una talla más grande a la que deberían. El relleno en ellos parece suficiente, al menos no se cae. Miriam sabe que no puede irse de ahí, caminando sola, por la noche. Con un suspiro, se da aliento, y avanza al interior del edificio, un Centro Cívico de la zona, en donde todo acabará.

—¡Miri! —El estrecho abrazo de costado con el que la saluda Santamaría la toma de sorpresa—. Qué hermosa estás. Me encanta el lila de tu vestido, te queda genial con tu piel bronceada.

Miriam hace lo correspondiente. Le da un beso en la mejilla a Santamaría y la llena de halagos, que su cabello estilizado, que su maquillaje más intenso de lo normal, que su vestido negro y pegado. Todo eso hace tan feliz a Santamaría que no pierde el tiempo y entrelaza sus brazos para entrar juntas a la fiesta. El alivio debería de ser mayor, Miriam se siente contenida, eso es algo. Caminar acompañada es más sencillo.

Escrito por Jules Zubieta

Santamaría y ella han compartido clases desde la mitad de la secundaria, terminaron quedándose en la misma preparatoria porque fue lo más fácil, estar en la misma preparatoria a la que está ligada la secundaria. Son amigas, en la forma más sencilla de la palabra. Son personas que se llevan bien y no tienen muchos problemas, se ayudan en las clases, han visitado la casa de la otra y se han quedado hasta tarde viendo películas. Sí, son amigas.

Cruzando las puertas de cristal el ambiente es una cuestión muy distinta. El arco de globos con dos tonos distintos de azul, uno claro y otro oscuro, además de blancos les dan la bienvenida. La música acompaña cada uno de sus latidos, es del reggaetón que ni de broma habrían puesto en una película de los 2000 en Estados Unidos, pero para México queda perfectamente. De momento es el inicio, la entrada, así que más tarde serían los típicos géneros que se ponen en todas fiestas grandes para bailar en grupo o pareja. El suelo es de mármol blanco, o un material lo suficientemente similar para dar la impresión adecuada de amplitud y estilo. Las mesas redondas están con centros de mesa y éstos rodeados de platos y cubiertos para al menos ocho comensales, tal como corresponde.

Escrito por Jules Zubieta

Miriam no formó parte del Comité del Baile, cosa que sí se hizo una realidad y que se llenó rápidamente por las chicas que era esperado a que tomaran ese mando. Mismas que ya habían llegado desde antes y que estaban en una mesa, al única llena de momento, cerca de la pista de baile y con acceso perfecto para bien quién entra y quien sale.

A pesar de no haber participado directamente en las decisiones del lugar, la comida, las decoraciones o cualquier otra cosa que no fuera el simple hecho de ir, Miriam siente algo de emoción burbujear en su estómago. Tal vez sí pueda divertirse, aunque haya sido impulsivamente que aceptó. Ver todo eso es algo emocionante.

¿Quién no quisiera ser parte de algo así? Una fantasía invernal donde nunca nieva, donde hay copos de hielo de cartulina o cartón colgando de otro arco de globos, el stand para las fotos, donde está uno de los consejeros viendo su celular en lugar de atender la cámara; aire acondicionado escondido tras bocinas atronadoras y aún muchos asientos esperando por ser llenados, tal vez habría un espectáculo de luces o una máquina de humo o algo así.

Escrito por Jules Zubieta

—¡Llegamos justo a tiempo para las fotos! —La sonrisa de Santamaría es tensa—. O casi.

—¿Hugo?

Santamaría rueda los ojos, pero, asiente al fin.

Hugo es la otra mitad de Santamaría. Si Miriam no supiera que Hugo está súper enamorado de un chico que va a otra prepa habría pensado que era el novio de Santamaría por lo cercanos

que son. Ahora, entiende lo mal que lo entendió en su momento, cosa que se prometió no volver a hacer.

—Deja le marco, ¿sí? Deja mi bolsa y elige un lugar bonito para las tres.

Santamaría no espera a que Miriam le conteste que eso no está en su poder, sólo se regresa del otro lado del umbral y la deja sola. Al menos ya está dentro y tiene la excusa de tener una mesa designada para caminar y tener los ojos ocupados.

La estrategia es un éxito, pasa su boleto con la consejera principal, quien se ve más aburrida que nunca y se va a la mesa indicada. Miriam está sentada en el lugar exacto

Escrito por Jules Zubieta

donde sabe que no debería porque le da la vista directa a la mesa del Comité del Baile y al perfil de Daniel.

Daniel fue el primero de los únicos tres chicos que se unieron a la comitiva de hacer todo esto una realidad. Para Miriam era una opción más que adecuada, pero, ridículamente, verlo ahí, con traje y una gran sonrisa, sólo hace que se le revuelva el estómago. Su oscura y solitaria esquina, toda para ella sola, no es suficiente.

Para distraerse de la sensación pasea la mirada, lejos de la mesa de los del Comité. Lo malo, es que va entrando por la puerta Carol, corto y agringado para Carolina, con su hermoso conjunto.

La garganta se le cierra.

Miriam no es la única fanática de los dramas adolescentes clichés. Vio a Carol en las tiendas de vestidos del centro de Ciudad Satélite. Sabe que Carol pudo haber ido al Zócalo, pero, había decidido encontrar su vestido ahí, de todos los lugares. Ese vestido azul rey que ahora trae puesto y recibe elogios de sus amigas por los toques brillantes que seguro son plastiquitos o vidrios que quieren imitar el brillar de las joyas reales. Miriam estuvo muy cerca de saber cual de

Escrito por Jules Zubieta

las dos opciones se trata, pero, no se atrevió a tocarlo cuando tuvo su oportunidad.

Daniel se acerca a Carol tal como lo hacen cuando se ven en los pasillos. Carol bate las pestañas, Daniel balancea los hombros al caminar. Llegan uno delante del otro. Carol extiende los brazos y los pone alrededor de los hombros de Daniel. Ahora viene lo que Miriam ha tenido que soportar los últimos seis meses, un grandioso beso tronado como de telenovela.

Miriam sabe que puede simplemente voltear la mirada, desviar su atención, distraerse con su teléfono y arrepentirse de sus decisiones hasta que su hermana vuelva por ella, pero, no puede hacerlo en realidad. Algo dentro de ella la clava ahí para ser una espectadora más de cómo Carol y Daniel...

No se besan.

Sólo se abrazan unos pocos segundos y se separan. Carol se vuelve para platicar con una de sus amigas sobre, posiblemente, su nuevo corte de cabello, en realidad no importa. Miriam sigue a Daniel y su camino de vuelta a la mesa, junto con los dos amigos que pudo arrastrar al

Escrito por Jules Zubieta

Comité, mientras que Carol se queda con las demás.

—¡Miren a esa hermosa reina! —Miriam se siente traída de vuelta a la realidad, pero por otro abrazo, ahora dado por Hugo.

Miriam se toma el momento para recordarse que lo importante de estar ahí se supone que no son Carol y Daniel, sino sus amigos y la promesa de divertirse juntos esa noche.

Sí, eso es lo importante, a pesar de que no puede evitar ver a Daniel inclinarse en dirección a Carol en cuanto están sentados, uno a un lado del otro.

No tarda mucho en que el salón se llene de gente. La mayoría viene en parejas o en grupos de amigos. Hay un largo intercambio de saludos, chistes para romper el hielo y carcajadas. El ambiente más tranquilo se forma cuando la comida empieza a ser servida. Santamaría se la pasa tomando fotos hasta que la comida llega. Miriam hace el esfuerzo de comer aún con el estómago cerrado. Picotea algo de las verduras y pasta, la carne ni la miró. Lo único que ingiere con ganas es el agua, por la sed que parece no irse a molestar a alguien más.

Escrito por Jules Zubieta

Después de la comida el baile no se hace esperar. Es vergonzoso cómo uno de los consejeros es el que empieza a dar un discurso, pero, finalmente termina siendo interrumpido por Daniel, quien es el que invita a todos a bailar.

Hugo no se hace esperar y la toma de las manos, obligándola a levantarse y moverse con él al compás de la canción. Santamaría se integra al grupo tras un pequeño video agregado en sus historias de Instagram. El mero gesto hace que su ánimo suba, sentir el bajo en el corazón, además del movimiento guiado de Hugo, hace parecer la noche divertida. Ellos se centran en bailar. El inicio es algo de pop que pasa a banda, luego a bachata y regresa al reggaetón, pero, el de los 2000s.

Después de eso, todo se va abajo. La música se torna lenta, perfecta para las parejas enamoradas.

Hugo le pide que se quede para continuar bailando, pero, Miriam se excusa para irse.

Sin poder presenciarlo, sabe qué va a pasar. Daniel y Carol juntos en la pista, siendo la pareja perfecta. Si hubiera un concurso, el Rey y la Reina del Baile serían ellos.

Escrito por Jules Zubieta

A Miriam se le revuelve el estómago sólo de pensarlo. Evita voltearse a la pista de baile en todo el camino hacia el baño.

En cuanto puede aferrarse al fregadero, se echa agua en la cara. El reflejo frente a ella es casi el rostro de una extraña, más aún por el maquillaje arruinado por lo que acaba de hacer y el sudor.

—¡Mierda, ¿por qué?! —Con apuro toma toallas para secarse las manos y se las empieza a pasar por la cara—. Por favor, no. No.

El blanco se vuelve de un tono claro de beige, tintes de lila, rosa, negro y hasta algunos brillos salen de su rostro. El reflejo en su rostro ya no es el de una extraña arreglada y madura, sino al de una chica frustrada y desastrosa.

Sus ojos se llenan rápidamente de lágrimas. Lo arruinó.

—¿No podía evitar hacerlo hoy, en serio?

El reflejo ante ella no le responde. Sólo las lágrimas dejan de estar contenidas en sus párpados. Recorren sus mejillas y se llevan algo más del maquillaje que queda.

Un grito ahogado por su propia frustración sale de ella. Sabe que lo odia. Odia lo que le está regresando el reflejo.

Escrito por Jules Zubieta

Odia traer ese maquillaje, esté bien o mal puesto, odia el vestido, odia la joya en su pecho. Odia el asiento asignado, la comida, el ruido. Odia ese momento en que está encerrada en un estúpido baño atronado por fuera por una música estúpida que no puede bailar con quien más quisiera...

Pone sus manos sobre el chorro de agua y vuelve reunir suficiente para frotarse la cara. Ya no importa. Todo está arruinado desde antes que ella llegara.

El calor es casi abrasador cuando abre la puerta. La pista de baile está básicamente llena, es casi sorprendente cómo aún los consejeros se han puesto en parejas para bailar. El nudo en su garganta aumenta de tamaño, sus piernas están listas para salir corriendo al menor inconveniente, sólo debe de tomar su saco y puede irse.

—¡Mir!

Sólo que no puede irse cuando la toman del brazo y la obligan a regresar al interior del baño. Miriam se hace hacia atrás por los zapatos y se detiene del fregadero. La puerta se cierra y Miriam siente que nada tiene sentido. El lugar es pequeño, lo suficiente para dos personas y charcos de agua

Escrito por Jules Zubieta

con suciedad del asfalto de afuera en el suelo entre ellas.

¿Qué?

Miriam tiene preguntas, demasiadas, en cuanto el brillo del vestido le llega sobre el cuerpo, gracias a la luz reflejada. Y nadie tiene un vestido tan brillante en la fiesta que ella.

—¿Carol? —Su voz está tan ahogada que Miriam tiene que toser un poco para intentar aflojarla.

—¡Mir! ¡Hasta que puedo hablar contigo! —Carol la toma de una mano.

—¡Esta noche ha sido una locura! — Están cerca la una de la otra—. Pensé que no aceptarías venir conmigo a solas si te lo preguntaba frente a todos, así que esperé hasta que te escabulliste al baño, pero lo cerraste, así que seguí esperando hasta que lo abriste y...

Miriam no puede verla. Cierra los ojos y, con todas las fuerzas que encuentra, retira su mano de entre las de Carol.

—¿Qué haces, Carolina?

—¡Mir! —La única que la ha llamado así es ella. La única que alguna vez podría llamarla así.

— No necesito esto, ya me iba.

El sabor amargo de su boca viene acompañado de un temblor en sus muñecas. Sabe que eso sólo significa que, efectivamente, está nerviosa por la presencia de Carol. Miriam hace amago de todo su control para intentar pasar de ella.

—¡Mir! —Carol pone su brazo en el lugar adecuado para impedirle el paso—. Necesitamos hablar. Deja de evitar mis llamadas. —¿Sería demasiado si le admitiera que bloqueó su número por unos días? —. Sé que estabas en la tienda de vestidos, pero te escabulliste en cuanto me viste.

Es demasiado insistente.

Miriam siente que se ahogará en ese momento, con su saliva, por sus nervios por la presencia de Carol ahí o porque se le explotará la cabeza, pero, se atreve a echar un vistazo.

Grave error.

Están demasiado cerca. Tanto que puede ver que los ojos de Carol están casi igual de aguados que los de ella hace un momento cuando se estaba lavando la cara.

Escrito por Jules Zubieta

—Mir, en serio, tenemos que hablar.

—Habla, entonces —Miriam ni siquiera cree reconocer su propia voz. Tan apagada y dura, tan lejos de cómo es ella. En cualquier momento dejará de soportar tener el calor pegado a ella, que le pica la piel como si fuera por una reacción alérgica.

—Yo... —Miriam odia ver a Carol llorar. Lo ha odiado desde que se conocieron en la secundaria. Miriam ya puede oír las excusas de Carol, puede decir lo que quiera, porque fue ella la que empezó con todo. Con su amistad, con su alejamiento, con la competencia, con los...—. Lo siento, Mir.

Carol no aparta la mirada. Esa mirada café tan intensa, oscurecida por sus lágrimas.

—Lo siento mucho, Mir. Sé que no he sido buena contigo, pero, también ya entiendo por qué me alejé tanto de ti cuando no debí de haberlo hecho.

—Tienes todo lo que querías.

¿De dónde salen esas ganas tuyas para pelear? ¿De sus propias lágrimas siguiendo el ejemplo de las de Carol,

Escrito por Jules Zubieta

como cuando eran pequeñas y soñaban con un baile como del que ahora se enconden? ¿O de sus celos haciendo acto de presencia al fin, rompiéndola?

Carol era exactamente lo que Miriam pensaba que ella misma iba a ser en la preparatoria, conocida, respetada, preciosa, con un hermoso novio a su lado. Nada de eso pasó, porque lo último nunca podría pasar, ella nunca podría tener un novio, no a uno al que quisiera de vuelta.

—No te tengo a ti. Miriam bufa.

Carol, a pesar de todo, la abraza.

—Mir, te extraño mucho.

—No te creo.

—Te digo la verdad. —El llanto es demasiado. Miriam puede sentir hasta el ahogo de Carol en sus propias palabras, pegadas a su oído—. Mir, te extraño. Hice todo mal, pero, no quisiera irme sin haber intentado todo lo posible para que estemos bien.

Irse.

La universidad, claro. Carol desde siempre soñó con irse del país para estudiar en el extranjero.

Escrito por Jules Zubieta

—Puedes irte, sabes bien cómo hacerlo.

—No, Mir.

La respiración de Carol se agita y Miriam es débil cuando se trata de Carol llorando en serio. La abraza, la aprieta contra su hombro y le acaricia la espalda. Sabe que no debería de sentir todo ese pesar en su interior, ese pesar que se escapa de sus ojos en forma de lágrimas.

O, tal vez, es exactamente eso lo que debe de sentir porque Carol no sólo es una persona a la que le tiene algo de envidia.

Dicen que el amor te ciega, como si se tratara de una venda que hace que la luz salga sólo de esa persona. Ella había tenido esa maldita venda cubriéndole los ojos hace tiempo y creyó que su silencio la mantendría a salvo. No funcionó.

Claro, porque todo lo que Miriam puede sentir por Carol, su más cercana amiga, su más grande rival, es solamente envidia. No es como si hubiera estado muriendo un poquito por dentro cada vez que la veía acaramelada con Daniel, o se hubiera desvelado llorando porque haya dejado de hablarle.

—No te vayas Mir.

Ahora la tiene ahí, entre sus brazos, como no la tenía en mucho tiempo.

—No me iré.

—Por favor, perdóname.

—Te perdono.

Miriam no sabe si habla en serio o no, pero, en ese momento podría alargarse por el resto de su vida y no le importaría. Carol siempre fue la niña de sus ojos.

—Te amo, Mir.

El corazón se le aprieta. En consecuencia, Miriam sólo puede apretar más ale cuerpo de Carol contra el suyo. Sentir su calor, oler su rico perfume a jazmín con unos toques de lavanda.

Carol ya no es una niña. Ninguna de las dos lo es.

Sus lágrimas se acompañan mutuamente, hasta que quedan más. Sus respiraciones se acompasan. La música de fuera es lo único que les recuerda ligeramente dónde están. A pesar de ello, Miriam se siente en calma, cuando siente su calor

Escrito por Jules Zubieta

contra su pecho, su respiración tranquila en su cuello.

—¿Podríamos quedarnos así siempre?

Es lo que Miriam más quisiera. Como si sus pies no la estuvieran matando, como si ése fuera el lugar en el que deberían de estar.

—¿Cuándo te vas? —Miriam sabe que tiene que recordarse que esto no es eterno ni se repetirá. Mientras menos tiempo pase así, será más sencillo.

—¿Eh?

—A la universidad.

Carol se remueve entre sus brazos, para acomodarse y mirarla de la misma manera en que lo hacía al preguntarle sobre una palabra que no entendía.

—No iré.

—¿Qué?

—Me tomaré un año sabático.

¿Por qué? Se había pasado horas en la biblioteca para estudiar, no es como si Miriam la observara de lejos entre las estanterías.

Escrito por Jules Zubieta

El aliento de Carol le da cosquillas en la nariz. Está cerca, muy cerca. Sus ojos son tan grandes y limpios tras llorar.

—Creo que ya debemos regresar.

Ninguna de las dos se mueve. Miriam no se siente capaz de alejar a Carol de sí cuando la mira de esa manera. Cuando sólo la mira a ella.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? Como cuando éramos niñas.

—Sí.

—¿Y mañana?

—Sí.

—¿Y toda la vida?

—¿Qué me quieres decir con todo esto?

—Sólo que te amo y quiero besarte. ¿Puedo?

Miriam no se siente capaz de contestar con palabras, pero, de alguna forma, encuentra la manera de ser ella quien la bese. Carol sabe a calma, a hogar.

Miriam entiende que así siempre debió de haber estado, desde el principio.